

memoria ajena que, en suma, ha de aproximarse a la confesión.

A modo de encabezamiento, inaugura cada una de las conversaciones la pertinente nota aclaratoria que define las cualidades del interrogado y refiere las condiciones en que se dialogó con él.

**Dos horas de sol**, José Agustín, *Planeta*, Barcelona, 1997, 249 pp.

Publicada por primera vez en 1994 (Seix Barral, México), esta novela, cuya edición española comentamos, es una muestra representativa de la literatura de José Agustín (Acapulco, 1944), uno de los integrantes más considerables de la llamada Generación de la Onda, surgida del variopinto movimiento contracultural de los sesenta y que, en lo literario, se caracteriza por cierta informalidad, un descaro renovador que alienta el uso de anglicismos y voces regionales, coloquialismos, palabras malsonantes e incluso modismos procedentes de alguna jerga pasajera, como la establecida por el *rock*. Es el *underground* californiano el que provee muchos de los contenidos de los cuales se apropian autores como José Agustín, cuya atención se derrama, entre otras cuestiones, por las ideologías de signo alternativo, la liberalización del sexo, los usos específicos de la droga (peyotismo,

psicodelia) y los movimientos musicales de arte menor derivados de semejante conglomerado. El peaje del tiempo será lo que traslade a esos *acid-heads*, mirados hoy con nostalgia por el escritor, hasta el universo *yuppie*, tan de moda en la era Reagan, es decir, un estilo vital demostrativo de la terminante instalación social de quienes una vez se pensaron contestatarios.

Enlazado a esas circunstancias socioculturales, el relato de *Dos horas de sol* cuenta el viaje que dos periodistas, Nigromante y Tranquilo, realizan al Acapulco contemporáneo, un pequeño universo donde se advierte la esclerotización de la vida pública mexicana, expuesta por toda suerte de corruptelas municipales que impiden una prosperidad compartida y fomentan la explotación desordenada de los recursos naturales, escudándose tras el atractivo turístico para callar las voces discordantes. El huracán Calvin, que refuerza la idea de provisionalidad, amenaza con malograr el festejo de los dos protagonistas, quienes, ociosos, prefieren destruir la rutina con la atmósfera sedante de las discotecas, el romance desmemoriado con dos estadounidenses y, junto a ellas, la inercia del deseo y las drogas. El encuentro, los distintos encuentros con ambas reflejan la intrascendencia de sus estados interiores, aparte de insistir en una reserva de imágenes que, obviamente, escenifican las últimas

relaciones de México con su vecino del Norte.

José Agustín alterna la primera persona, en boca de Nigromante, con la tercera, que usa para caracterizar, irónico, la progresiva dispersión de los personajes, la imperiosidad de sus ambiciones frente a una realidad decepcionante, que los desarma en el más amplio sentido. De ahí el recurso a detallar algún que otro pasaje histórico, y también la biografía de ciertas figuras marginales, ficticias o no, como una manera de juzgar el frustrante destino políticosocial de los mexicanos. De acuerdo con un estilo propio, la continuada cita musical y mucho guiño a los de su generación sirven al autor para establecer un alto grado de complicidad con los lectores.

**Summa de Maqrol el Gaviero. Poesía, 1948-1997, Álvaro Mutis, Introducción y edición de Carmen Ruiz Barrionuevo, Ediciones Universidad de Salamanca, Patrimonio Nacional, 1997, 304 pp.**

Esta reunión de la obra poética del colombiano Álvaro Mutis (Bogotá, 1923) llega a los lectores después de obtener su autor un alto reconocimiento en España, con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras y el VI Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana, y en Ita-

lia, con el Premio Grinzane Cavour. En su apretado estudio preliminar, Carmen Ruiz Barrionuevo, responsable de la edición, se sirve de un cuidado aparato informativo para el análisis del personaje poemático Maqroll el Gaviero, ese nómada simbólico de los escritos de Mutis que, en palabras de la editora «genera una visión intuitiva del mundo, muchas veces en el borde del delirio y la fiebre, pero con la visión lúcida de quien se desplaza ya por el final del camino». A propósito de Mutis y su *alter ego* literario, la especialista sondea el linaje poético del escritor, detalla su fértil trayectoria y se detiene a distinguir los rasgos constitutivos de su discurso lírico.

Antes del compendio de poemas, encontrará el lector una cronología biográfica y una bibliografía esencial, completadas por Ruiz Barrionuevo con la participación de Mario Barrero Fajardo. En el apartado introductorio, figura asimismo una indicación de los textos que han servido de base para reunir en este libro toda la producción en verso que el poeta ha entregado al juicio público hasta la fecha: *Obra literaria. Poesía (1947-1985)* (Bogotá, Ed. de Santiago Mutis Durán, Pro-cultura, 1985), *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988* (F. C. E., México, 1990), *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1988* (Visor, Madrid, 1992) y *Obra poética* (Arango Eds., Bogotá, 1993),

cotejándose todo ello con lo incorporado en *Summa de Maqroll el Gaviero. Poesía 1948-1970* (Barral Eds., Barcelona, 1973). Con arreglo a un loable criterio amplificador, al llegar a esta edición de 1997, encontramos dos poemas no incluidos en los citados volúmenes: «Balada imprecatoria contra los listos» (*Revista Atlántica*, 6, 1993) y el inédito «Ponderación y signo del

tequila», enviado por Álvaro Mutis para ser publicado en esta compilación.

No podemos por menos de acoger con agrado y provecho la presentación de este libro, el más completo de cuantos hasta hoy se han editado con la obra en verso del poeta de Bogotá.

**Guzmán Urrero Peña**



Manuel Gago: *Tele y Moncho: «Rebelión en el Pilcomayo»*

## Los libros en Europa

**Diez grandes economistas: de Marx a Keynes**, *Joseph Schumpeter*, traducción de Ángel de Lucas, prólogo de Fabián Estapé, álbum de Manuel Santos Redondo, Alianza, Madrid, 1997, 535 más 69 pp.

Desde 1955 conocemos en castellano esta recopilación de artículos más algún trozo de libro, y ahora se la arroja con textos complementarios en la serie de lujo con que Alianza se autoconmemora en sus primeros treinta años.

Schumpeter, que si no fue un economista sí puede considerarse uno de los historiadores y críticos de la economía más relevantes del siglo, pasa revista a la herencia y la coetaneidad de su disciplina, no evitando llegar a nombres tan postergados como Taussig y Fischer. Pero sus referencias mayores son sus maestros, Menger y Böhm-Bawerk (porque señala que lo principal de toda realidad económica es su concepción explicativa del valor, en el caso la teoría del precio como resultado de la utilidad marginal) y, notoriamente, dos economistas a los que cuestiona por desacertados y admira por encima de todos: Marx y Keynes.

De Marx indica que sólo aporta una teoría del interés y el beneficio, basada en una filosofía social hege-

liana y una economía neoclásica, tomada de Quesnay y Ricardo. Son valiosas sus intuiciones sobre el ciclo económico e inválidas sus doctrinas sobre la plusvalía y el valor. Lo esencial del marxismo es su carácter religioso, que proporciona a sus seguidores un plexo de fines últimos que dan sentido a la vida, y promete un paraíso anterior a la muerte. Una religión primitiva, luego secuestrada por el poder de una iglesia, el bolchevismo, del cual difiere, según Schumpeter, de manera abismal.

Junto con los marxistas y los fisiócratas, los keynesianos configuran las tres grandes escuelas de adeptos que conoce la economía política. Con Marx comparte su utilidad práctica. Si Marx muestra que la teoría económica se puede transformar en análisis histórico y contribuir a razonar la historia misma, Keynes propone la teoría monetaria como centro del proceso económico en su conjunto, vinculando la teoría con la política en la acción contra las crisis depresivas y la previsión de las catástrofes por medio de los estímulos al consumo y la deserción del ahorro, que genera paro y parálisis.

La fascinación de Schumpeter va hacia el clasicismo: la teoría del equilibrio perfecto de Walras (que